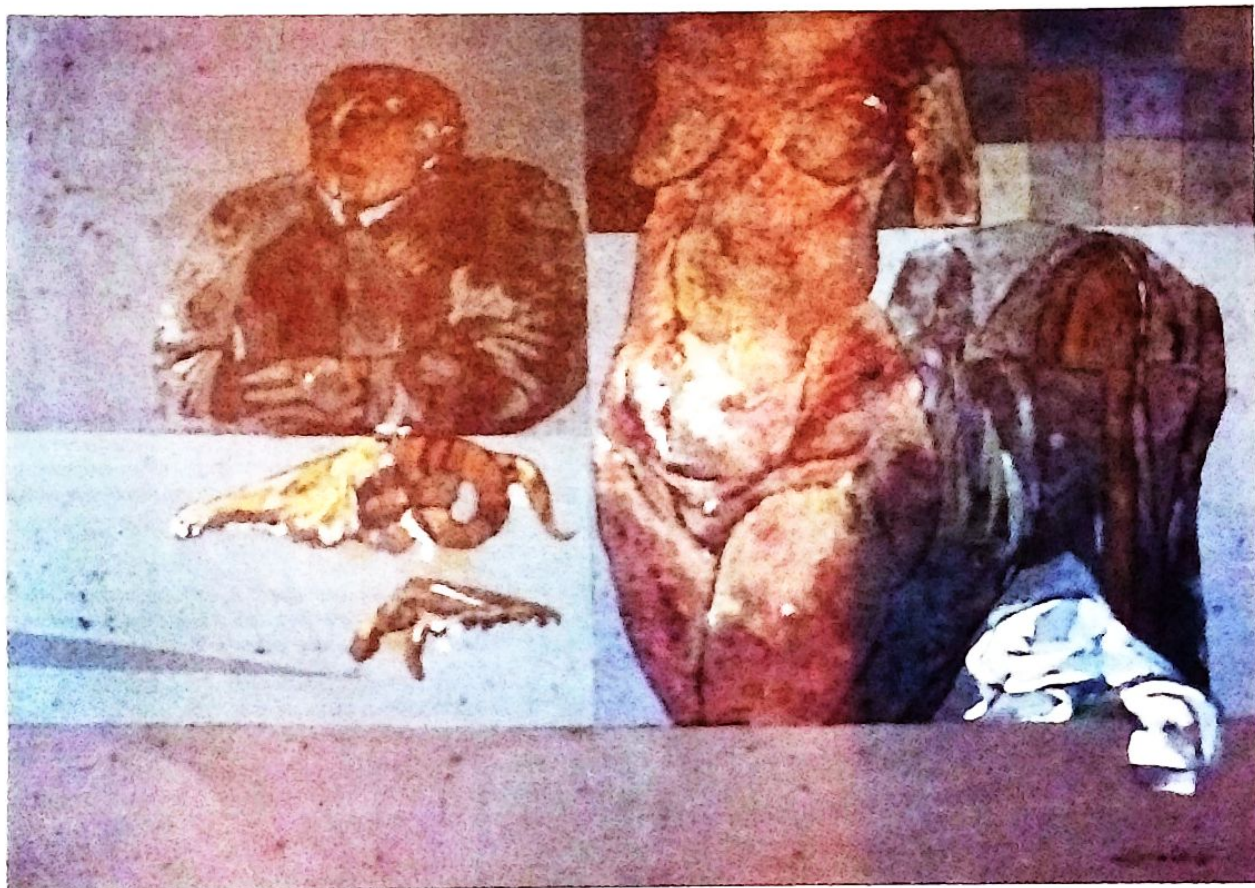


Se le aparece cada quincena



Fundación Cultural ZOFRO • Miguel Ángel Gálvez • Jorge Sanjinés  
Matilde Casazola • Giorgi Ivánov • Georgi Adamovich

**LA PATRIA**  
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

**suplemento orureño de cultura**

**año XVII n° 417 Oruro, domingo 10 de Mayo de 2009**







Viemas con rostro y cuerpo. Pintura al óleo  
120 x 1  
Erasmo Zarzuela Chambi

## Presentación de libros en La Paz

*Oruro visto por cronistas extranjeros y autores nacionales. Siglos XVI al XXI*  
de Mariano Baptista Gumucio

y  
*Obra Gráfica*  
de Erasmo Zarzuela Chambi

Martes, 12 de mayo. Auditorio  
del Espacio Patiño, La Paz. Hrs. 19:00

Organizan:  
Fundación Cultural ZOFRO  
Espacio Simón I. Patiño  
CEDOAL



el duende  
director: luis urquieta m.  
coeditor: alberto guerra g. (?)  
benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
adolfo CÁCERES r.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david illanes  
illa 448 telfs. 5276816-5288500  
elduende@zofro.com  
elduendeoruro@yahoo.com  
lurquieta@zofro.com

el duende on line: [www.zofro.com/elduende](http://www.zofro.com/elduende)

## Participación de Oruro en la Guerra de la Independencia

Este año 2009 y el siguiente 2010, los países de América celebran con diversos actos y obras el Bicentenario de las luchas de independencia. Bolivia, como ninguna, tiene motivos para exaltar aquellos acontecimientos, evocando fechas emblemáticas de esta parte de su historia. Oruro, que tuvo un lugar relevante en aquellos fastos, requiere y es también tiempo que los estudiosos diluciden la importancia de su contribución al proceso de la nacionalidad.

La Fundación Cultural ZOFRO, atenta a sus propósitos de respaldar la revalorización de nuestros hechos culturales e históricos, ha de propiciar la realización de un evento coloquial los días 24 y 25 de julio, donde historiadores de Oruro y del país expresarán su posición en torno a los acontecimientos que han definido el rumbo de lo que es Bolivia.

Ha de ser deseable que cada uno de los invitados elabore su análisis sereno y en profundidad de los principales sucesos que configuran la historia de Oruro y que fueron:

1. "Manifiesto de Agravios" de Juan Vélez de Córdova (1739).
2. Los hechos acaecidos el 10 de febrero de 1781, protagonizados por los hermanos Jacinto y Juan de Dios Rodríguez de Herrera, el sacrificio de Sebastián Pagador y la incursión indígena a la ciudad.
3. El estallido indígena en Toledo, a la cabeza de su cacique Manuel Victoriano Aguilario de Titichoca (noviembre de 1809).
4. El levantamiento del 6 de octubre de 1810, dirigido por don Tomás Barrón, en apoyo de los patriotas cochabambinos.
5. La participación de los orureños en los sucesos posteriores desde 1814, el diario de campaña de José Santos Vargas hasta la creación del departamento de Oruro en 1826.

Será deseable también que las exposiciones, seguidas de debates en mesa redonda, arriben a conclusiones. Las ponencias y el resumen final, serán publicados en un volumen por la Fundación.





## Yo, la motosierra

Yo soy la motosierra: corazón de máquina y alma de fuego. Yo soy el orgullo del acero y la promesa del fin. Que nadie piense que J\*\* es algo más que la mano que me acciona y la carne que palpita detrás de mis obras; porque yo soy su espíritu y en mi cadena zumba su himno de dolor y destrucción. Así pues, yo soy el único llamado a narrar esta historia...

Todo comenzó ayer en la tarde cuando nos encontramos en el garaje. J\*\* había entrado allí abruptamente, desesperado por el afán de buscar un refugio donde ocultar el dolor y la vergüenza que lo acosaba desde la tarde anterior. La imagen todavía martillaba en su cráneo con un redoble insoportable: Sandra y aquel tipo juntos en un banco de la plazuela, entrelazados en un nudo de abandono, labios explorándose mutuamente, manos perdidas en caricias y ojos cerrados en un lapso intemporal... Y él allí, parado en la acera del frente, observando aquella escena sin comprenderla. ¿Y ahora qué?... Ella había sido todo para él: ¿Y ahora qué?... Él la seguía amando: ¿Y ahora qué?... una interrogante sin respuesta. Nada que hacer, excepto dar la espalda al parque y encarar las calles vacías.

Pero allí en el garaje estaba yo, la sierra, tirada en un rincón y abandonada en mi sueño de olvido y herrumbre. Y aun cuando J\*\* me vio, lo hizo en forma distraída y casual (tan sólo el paso esquivo de unos ojos sobre mis formas mientras se paseaba de aquí para allá, en el suelo sucio de aceite y sombras. Aún entonces se encendió en ello un destello vago que yo vi y comprendí: mi hora por fin había llegado; la hora de retornar de mi inacción y arrasarlo con el vacío).

Se acercó y me levantó. Y entonces el amarillento haz de luz que se filtraba por la rota ventana se reflejó en mi hoja e hirió sus ojos. ¡Qué incomparable resplandor! aún empañada por el destierro, la promesa del acero era evidente: fuerza, poder, el fin de la debilidad... el fin de las lágrimas.

Su ánimo se exaltó súbitamente y su mano tiró de mi cuerda de encendido; y mientras lo hacía, sus mandíbulas se crisparon y su corazón me llamó en un redoble feroz... Uno, dos, tres tirones, y se encendió mi motor bramando ante el despertar: la gasolina circuló encendiéndose en mi motor, y mi cadena zumbante desgarró el aire con júbilo. ¡Yo esta viva una vez más! Mi himno de renacimiento se elevó en la oscuridad y ante él el mundo entero pareció temblar. Era un clamor, y en él había una evocación: una evocación a fantasmas olvidados que volvían una vez más envueltos en antiguas y frías brumas de miedo, vergüenza y odio. Y sobre todos ellos, dominándolos como un pico sobre la llanura, el nombre de "Sandra" resonó claro en mi voz.

—Esta noche... —susurró J\*\*, y yo sonreí desde las sombras.

La luna se alzaba en medio del cielo, clavada con dos cuernos afilados en medio de un vacío de ébano y un puñado de estrellas. Y debajo de ella, en la tierra, agazapados en la húmeda oscuridad de la remota callejuela en la que se encontraba la casa de Sandra, J\*\* y yo éramos como una oscuridad torcida en medio de otra. Sus ojos estaban fijos en la esquina por donde ella aparecería y sus músculos se tensaban en una espera acerbillada de dudas y desesperación. Pronto ella llegaría...

Y yo allí, a su lado, lo sabía. Sumergida debajo de un viejo trapo y respirando la noche a través de un retazo de hoja que sobresalta orgullosa, sentí aquel flaquear en la mano que me sostenía, y lo odié, pues con ella flaqueaba también yo.

Así que hable, y lo hice con una voz oscura... Oscura como una rosa que se pudre en la noche



(Pronto ella llegará... No temas lo que ha de venir, pues sólo así será tuya... Sólo a través de mí podrás guardar su piel y el olor de su intimidad, y sólo a través de mí podrás defender la eternidad de lo que fue y ya no será jamás... Pues la esperanza ha muerto, y la única esperanza para la esperanza muerta es la muerte...)

Y entonces ella apareció

Estaba bella como siempre. Su cabello castaño caía sobre sus hombros graciosamente, mientras las curvas de su cuerpo se dibujaban voluptuosas a través del grueso abrigo. Fue un momento terrible, pero J\*\* prevaleció e mi. Él ya era el mismo que ella había conocido, ni lo volvería a ser jamás. Ahora tenía la fuerza del acero con él y cumpliría su mandato.

—Sandra... —exclamó él, y su voz sonó hueca. Me levanté en alto y de un tirón me liberé de mi sudario.

Ella levantó la vista y palideció. Mi hoja se alzaba atroz ante la nivea luz de la luna. Y desde ella, el destino la reclamó en un destello inexorable... Todavía trató de decir algo, de tranquilizar a J\*\* con palabras que se diluyeron en el rugido de mi despertar. Pero ya era demasiado tarde. Allí estaban las excusas y las mentiras, aquí, tan sólo la verdad de mi furia.

En vano trató de correr. En dos zancadas la alcanzamos y ella cayó con la espalda atravesada por un profundo surco. Cayó como un árbol tenue en medio de una llanura gris; sus brazos se dibujaron contra el pavimento en delgadas ramas quebradas y su sangre inundó el aire de la mañana con un olor acre. Aún trató de arrastrarse con la voz embotada en entrecortados chillidos, pero todo fue inútil. Mi hoja descendió sobre ella, y su dulce y suave piel se desintegró antes la voracidad de mis dientes cromados... Después me hundi e su cuerpo muchas veces; y al hacerlo, los tres nos unimos en una sublime intimidad final: una carmesí comunión de hombre, mujer y acero. Una última liturgia ante la guadaña que siega el mundo.

Y J\*\* lloraba... lloraba porque comprendía que más allá de aquel monumento quebrantado de visceras y fetideces, ya no le quedaba nada. Mil sueños se habían evaporado en una nube de sangre, y ahora sólo cabían las lágrimas.

Y entonces supe que aún quedaba algo por hacer.

Esto pasó anoche. Ahora se acerca el momento de que yo vuelva a sumirme en mi sueño y en mi espera. Pronto llegará otro despertar, otro amanecer de promesas, y otro crepúsculo de sangre. Y así será, porque yo soy el acero y ése es mi designio.

Pero antes de dormir otra vez, debo acabar mi obra. Debía hacerlo ayer mismo, pero las manos de J\*\* temblaban tanto por el miedo que no me pudo sostener. Mas, él sabe que no hay otra salida... Él sabe que de mí no puede escapar.

La noche cae ya... El horizonte cercena el cuerpo del sol en una herida ardiente, y tiñe el cielo y la tierra en un mar de sangre. El astro muere sin remedio, muere lentamente en la distancia; y para algunos, no renacerá jamás.

Miguel Ángel Gálvez Chuquisaca, 1973.  
Nanador y abogado





Jorge Sanjinés



Un fenómeno que no deja de azorarnos es advertir la asimetría entre desarrollo tecnológico y desarrollo humano. Si el segundo estuviera a la par del primero, tendríamos de lejos una sociedad extraordinaria. En un caudal de preguntas que permanentemente nos hacemos buscando las causas de tan grande desfase, que por cierto reconoce al capitalismo como una de ellas, creo que identificaremos al individualismo como el componente básico, y primigenio, producto de un proceso de pensamiento y creencias heleno, judeo, cristianas, que han conducido al mundo occidental a una situación de autodestrucción alarmante. Ese gigantismo del YO, santificado e institucionalizado por el sacrosanto derecho a la propiedad privada, que ha convertido la noción de libertad en la de libertinaje, y que ha privilegiado el poder del dinero y la fuerza como únicas palancas válidas, nos está llevando a pasos acelerados a la hecatombe final. Hemos llegado al absurdo de que la más poderosa potencia del mundo se instale cínicamente en la premisa fatal, como alguien ya lo dijo, del "No importa que la humanidad perezca, si el mercado funciona", porque en los hechos está haciendo eso cuando propugna el recalentamiento del planeta, oponiéndose a acuerdos que podrían mitigar el proceso, cuando envenena los océanos y depreda aceleradamente los bosques de los países que domina, cuando se opone a la prohibición de fabricar minas antipersonales, cuando altera la naturaleza genéticamente y cuando succiona los recursos de las naciones pobres, desatando tal miseria que a su vez contamina. Esa soberbia, que también es soberbia racista, no les permite comprender que procesos como la interculturalidad y el mutuo respeto a las identidades son indispensables para su propia sobrevivencia, para su propia salud colectiva, para su propia felicidad, para su propia se-

guridad, en última instancia. Imponer gustos, modas y tipos de consumo para fortalecer su economía, para sostener su hegemonía y control político y material es sólo una opción fatal y suicida a largo plazo. La poca sabiduría de sus dirigentes, catapultados al poder por asqueantes mecanismos de interés económico, les impide entender asuntos básicos y cuando, en escasas oportunidades, son gentes formadas, están amarrados de obsecuencia a quienes les financiaron. Todo esto compone un cuadro aterrador no sólo para ese enorme país, sino para la humanidad entera, que se ve manipulada por semejantes concepciones de una política brutal, estúpida y autodestructiva.

Los pueblos necesitan reciclar sus identidades, necesitan renovar sus propias visiones entendiendo, admirando e inspirándose en las demás identidades. No se trata, creo yo, sólo de conservar lo propio, de ejecutar lo propio: se trata de enriquecer en lo espiritual lo que somos como originalidad, mirando a los demás. Porque cada pueblo, cada nación, cada sociedad particular tiene algo propio trascendental, algo que nos hace falta a todos, algo que ellos comprendieron mejor pero que también pueden aprender de lo nuestro, de nuestra experiencia en nuestro tiempo y en nuestro espacio.

En una entrevista reciente, el investigador mexicano Javier Estoinou analiza con atemorizada reserva el fenómeno de la globalización y sostiene que es inútil sustraerse como países a su influjo y gravitación. Cree, sin embargo, en la posibilidad o tal vez en la necesidad de protegerse haciendo hincapié en nuestras reservas de cultura, identidad y humanidad que provienen del universo indígena, que por siglos se ha mirado como la presencia antihistórica, como la rémora que en muchos de nuestros países nos impide ser plenamente modernos.

Yo vengo, justamente, de uno de los países latinoamericanos, con mayor densidad de población indígena. En Bolivia, junto a las dos grandes naciones aymara y quechua, sobreviven unas treinta etnias distintas y menores en número, que en total constituyen más del 60 por ciento de nuestra población. Y entonces, esta presencia apabullante en su cantidad, no deja lugar a dudas de que el

## El valor de la

futuro de mi país tiene que ver con la articulación de ese destino colectivo al que se sigue mirando como la Oredad, conflictiva, y no como la posibilidad renovadora.

Las prácticas comunitarias, los numerosos mecanismos de solidaridad y reciprocidad que han hecho posible la sobrevivencia física y cultural de estos pueblos, las concepciones democráticas del poder político no concentrado, sino repartido en el seno del pueblo, sus notables conocimientos sobre el manejo del medio ambiente y la relación de reciprocidad con la naturaleza, el conocimiento profundo de ésta, hacen de los pueblos y las culturas indígenas los reservorios sociales estratégicos en la perspectiva de resistir el embate globalizador y construir respuestas liberadoras. Más aún cuando en este nuevo milenio la lucha hegemónica se dará con el control del agua, los recursos naturales, la biodiversidad, los germoplasmas y otros factores naturales que aún son abundantes en nuestros países. Cuestionamos, somos ricos en nuestra diversidad cultural y en toda nuestra biodiversidad; pero, paradójicamente, lo somos de una manera perversa, porque no tenemos aun desarrollada una verdadera conciencia de ese poder, mientras que los que nos miran desde el norte, sí lo saben.

Los indígenas han comenzado un nuevo ciclo de luchas por la reivindicación de sus derechos en todo el continente, desde México hasta el sur de Chile los movimientos contienen un poder de cambio muy importante. Corresponde hoy a los intelectuales progresistas y revolucionarios desprenderse de la ortodoxia ideológica y mirar con la atención respetuosa y abierta a los pueblos originarios que han iniciado una dinámica liberadora que se debe comprender y apoyar. Ya no cabe el paternalismo ignorante que no ha hecho más que retrasar ese proceso, sino la más exigente disciplina para acompañar respetuosamente un fenómeno social de incommensurable valor social y poder revolucionario, al que no se le ha conferido casi ninguna atención.

### II

Si un artesano de la ciudad de Oruro, en Bolivia, dedicado a la confección de máscaras de diablo para la fiesta del carnaval hace una, tendrá que hacerla, sin pensar ni siquiera en ello, bajo dos parámetros clave: la tradición que lo ha formado y la identidad cultural a la que pertenece. Su







# a diversidad

máscara llevará el sello inconfundible de la compleja cultura andino-mestiza andina.

En el prodigioso acto de confeccionar las máscaras, se agolparán en su mirada y en sus manos diestras, la poderosa memoria colectiva de su pueblo, el estilo de sus ancestros, el espíritu de su cultura. Cada trazo que ejecute, cada forma que diseñe, cada color que elija, cada detalle que sume, todo, absolutamente todos los que haga en esa máscara estará insuflado por el alma de la Identidad.

Ese mascarero que hace su trabajo con placer, con deleitación, con orgullo, no necesita imitar a otro mascarero. Por el contrario, es posible que en cada nueva máscara añada algo nuevo propio, original. Y tal vez logre superar a su padre, gran mascarero reconocido por la tradición, o sea, tal vez mejor que su abuelo, célebre mascarero de antaño. Porque él sabe trabajar, domina los colores que va a utilizar, conoce los secretos para lograr determinados colores, para conseguir especiales brillo. Entiende a la perfección el significado de los símbolos que va a colocar. Y, todo ello, sin faltar a la tradición, estará, a su vez, librando a su propio genio y talento para hacer una máscara típica, auténticamente orureña y que se insertará entre las decenas o cientos de máscaras de otros artesanos, hechas para ese nuevo carnaval, y, sin embargo, será una máscara única.

Esa bella máscara diabólica, confeccionada para ser bailada, festejada y ritualizada, representará un sinfín de cosas, contendrá un significado preciso para su sociedad participante, se insertará en un conjunto de representaciones que todos entienden, que todos comparten, y estará allí para continuar la vida, para afirmar la identidad de su pueblo, de las gentes de su sociedad que necesitan decirse a sí mismos y decirles a los demás: ¡Eso soy yo!

En esa afirmación está presente la necesidad psicológica colectiva de seguir existiendo, de continuar probado que se pertenece a una colectividad, a una región, a una nación. Y este fenómeno, que no tiene nada de extraño, que es propio de todos los pueblos, resulta sustancial, ineludible e insustituible para continuar siendo primeramente ente colectivo y luego unidad que pertenece, porque en ello radica una salud psicológica colectiva fundamental. Ninguna nación puede existir armoniosamente, sin identidad propia, sin cultura propia. Ningún hombre puede vivir normalmente sin saber quién es.

Toda esa riqueza identitaria, construida en el largo

proceso de la formación de una identidad cultural que es andamiaje ineludible para constituir el espíritu sano de una colectividad humana, la base constituyente de toda nación, se ve en peligro con el fenómeno despersonalizador, desidentificador de la globalización. Y no es que aquí estemos abogando por la sobrevivencia de los nacionalismos a ultranza. Nos parece importante que la humanidad pueda soñar la paz de la aldea global, nos parece valioso que podamos borrar fronteras y sentirnos todos maneros del mismo barco, habitantes hermanados del mismo planeta, sin regionalismos, sin odios interétnicos, sin diferenciaciones raciales, porque si de esa globalización se tratara no tendríamos más que alegrarnos y enorgullecernos de la madurez de nuestra época. Pienso que mirando el futuro con optimismo podríamos avizorar una maravilla tal. Y creo que es muy importante aprovechar los instrumentos tecnológicos ya existentes en la informática, para utilizarlos en busca de una respuesta globalizada que nos conduzca, cada vez mejor a una sociedad global sin barreras separatistas ni económicas ni políticas. De acuerdo.

Lo que obtenemos es que esa misma sociedad global a la que puede con derecho aspirar la humanidad entera, será mucho más pródiga y feliz si cada nación, si cada cultura conserva su propia identidad, si a partir de ese su peculiar manera de existir y crear, hace más profunda y valiosa a la humanidad en su conjunto. Como hoy todavía ocurre, al admirar las otras culturas y prender de sus sabidurías, nos mejoramos todos, porque cada pueblo conoce y maneja mejor que nadie su propio medio, su propia realidad y para el conjunto puede darnos claves que con una cultura uniformada, jamás serían capturadas.

El gravísimo peligro que hoy acecha a la sociedad, que se ha puesto en marcha con la globalización económica, de la que se ven libres sólo algunas naciones no dependientes, consiste a mi modo de ver, en el proceso desidentificador, que en algunos sectores poblacionales está avanzado. La primera ruptura es la falta de convencimiento del valor de lo propio. Ese progresivo descreimiento en las posibilidades de la propia cultura ocurre como consecuencia del avasallamiento cultural tecnocrático, y acaba por engendrar el autodesprecio y preparar las condiciones para la violencia y la corrupción. La máscara del nuevo mascarero no responderá más a ninguna tradición, estará vacía de contenidos significantes y sólo existirá para ser vendida. El mascarero mismo está vaciado, y su psicología, que habrá perdido las coordenadas de la integración social, estará indefensa, podrá ser arrastrada a la violencia y a la autodisolución.

Por eso pienso que en esta hora crucial para nuestros pueblos agredidos por las citadas políticas de invasión cultural uniformadora, nuestros pueblos indígenas se constituyen en protagonistas de enorme potencial histórico, porque sus movilizaciones contienen la fuerza de la identidad cultural colectiva que se presenta como el lugar privilegiado para resistir, porque sus tradiciones sociales comunales de solidaridad y reciprocidad, son espacios de convivencias revolucionarias, porque sus ideas de propiedad son opuestas a las ideas de propiedad privada occidental, porque sus prácticas del poder político democrático son esenciales.

Yo sostengo que los indígenas, en nuestros países que cuentan con su presencia y en los que han comenzado a

movilizarse, son una fuerza estratégica revolucionaria. No sólo porque sus apelencias históricas tienden hacia la transformación de la sociedad capitalista marginadora, explotadora y alienadora, sino porque sus contenidos culturales son asimismo fuentes prodigiosas de inspiración revolucionaria.

Esa diversidad es sana para todos, esa diversidad, nuevas diversidades, son el verdadero recurso para la sobrevivencia cultural y el desarrollo económico ordenado. Creo que deberíamos mirar la múltiple diversidad cultural latinoamericana como una fuerza liberadora, como un baluarte de resistencia cultural y también económica, baluarte decisivo para enfrentar la creciente agresión cultural despersonalizadora que persigue sólo márgenes de ganancia monetaria mayores y, por cierto, mayor influencia política para garantizar sus beneficios económicos, que nos hacer más pobres, dependientes y alienados.

Evidentemente, es tarea de sociólogos y otros científicos sociales establecer los alcances del fenómeno de la nueva insurgencia a la cual me refiero. Tal vez la profunda admiración y el respeto que personalmente siento por las culturas indígenas, hayan saturado de exagerada emotividad mis reflexiones. Pero sí estoy seguro de que esa presencia emergente nos desafia a todos a pensarla de nueva manera.



Jorge Sanjinés. La Paz, 1936. Cineasta boliviano. Fragmento de su intervención en el Segundo Congreso Internacional Cultura y desarrollo celebrado en La Habana.





M

# Matilde Casazola



Matilde Casazola Mendoza. Sucre, 1943. Prolesora, poeta y compositora, entrelaza la poesía y la música enraizadas en la tradición de su país. Ha publicado *Los ojos abiertos* (1967), *Los cuerpos* (1967), *Una revelación* (1967), *Los racimos* (1985), *Amores de alas fugaces* (1986), *Estampas, meditaciones, cánticos* (1990), *El espejo del ángel* (1991), *Obra Poética* (1996) y *Canciones del Corazón para la Vida*. En 2004 publicó *La Carne de los Sueños*, incluida dentro la *Serie Autobiográfica* 1982 - 1983.

24

Tocaste mi puerta / y grave  
entraste en mi mansión.

Reinaba en el ambiente  
la penumbra  
de moribunda tarde.

No quise  
prender mi lámpara.

Vagamente  
se recortaba tu silueta en los  
umbrales.

Sentí tu cuerpo, / tu libeza  
ganándome.

Caimos enredados dulcemente,  
sumergidos / en mar espeso:  
submarinos  
personajes de leyenda  
incoherente.

Oh caímos / caímos desmayados  
en otra lucidez.

¡Vuelve otra vez!  
me gusta oír  
ese tu extraño cuento.

Mirando / un punto del espacio,  
me desdoble  
en infinitos cuerpos.

Dueño de mi deseo / tú, tú solo  
levántame y caigamos  
nuevamente  
peces exóticos y verdes  
explorando  
mar espeso  
de gralas sensaciones.

25

Me envuelve como un manto  
suave  
tu cariño de lejos;  
y esto es bastante.

¿Por qué pedirle a la vida todos  
sus diamantes?

Cuando más el reflejo  
furtivo de uno,  
oculto entre las piedras.

Tomarlo en nuestras manos,  
darle un beso  
hacerlo girar con dedos trémulos  
frente al sol  
y volver a guardarlo  
para tornar a hallarlo en otra tarde  
cuando estemos cansados  
de nuestros grises muros  
de nuestras danza opaca repeti-  
da en sus figuras.

Y tu cariño, suave  
como un suave manto  
tu cariño, hilado carta a carta  
frase a frase, de muy lejos  
me envuelve  
y me hace creer en Dios, y son-  
reír

tan verdicilmente  
que ello es suficiente  
para aguantar el largo día  
la larga noche  
y la distancia enorme  
que impide a las yemas de mis  
dedos  
florecer en pétalos de sangre  
rozando tus cabellos.

26

Recogí las migajas  
de tu amor, y con ellas  
me hice extraña guirnalda  
con retazos de estrellas.

Como reina en desgracia  
que lúgubre pasea  
por ruinosos salones  
la perdida opulencia,

y en espejo trizado  
aún coqueta, se arregla  
los cabellos hirsutos,  
la torcida diadema,

así mi fantasía  
me encendió de quimeras  
y recorrí contigo  
países de leyenda.

No me despiertes, no  
que el sueño vida sea;  
se irradie el resplandor  
de tu rubia cabeza.

Y sigamos los dos  
tendidos en la hierba  
y yo escuche tu voz  
deslizándose trémula.

Que algo me habrás querido;  
tengamos nuestra fiesta.  
Demasiado cercano  
tu latir me golpea.

¡Oh pan de fantasía,  
oh rotos estrellas  
oh mendrugos de amor  
cálidos de tu mesa!

27

Me han dicho los caminos:  
—No lo has de ver ya más.  
Para siempre perdido  
a tu deseo está.

Me han dicho los caminos  
y muros de impiedad  
tus jardines floridos  
me impiden contemplar.

¿Nunca, nunca mis ojos  
te volverán a hallar?  
¿Tu mano tras la niebla  
jamás he de alcanzar?

Arañas de los días,  
su imposible telar  
tejen hurañas, torvas,  
distanciándonos más.

Frente a mi copa, sola  
medito que es verdad  
eso que los caminos  
me dicen al pasar.

—¡Y sin embargo, grito,  
la estrella ardiendo está  
estremecida, blanca  
en la alta inmensidad!

¡Y sin embargo, digo,  
para ti es mi cantar;  
es por ti que resisto  
el largo caminar!

¡Y sin embargo, pienso,  
junto a mi sombra vas  
y a pesar de no verte,  
no te puedo olvidar!

Sigamos extraviados,  
peregrinos sin paz  
delirantes, sonámbulos  
por nuestra soledad

que tus ansias secretas,  
que mi amoroso afán  
nutren de luz la estrella  
misma que luz nos da.

Y quemándonos ciegos,  
quién sabe si al final  
fundidos en su fuego  
miremos desde allá

nuestros cuerpos rendidos  
por la tierra rodar  
como dos gajos secos,  
¡y eso no importe ya!

Matilde Casazola se constituye en una de las figuras más importantes de la creación musical y poética en Bolivia, según afirma Beatriz Rosselli. Pequeña, frágil, con aire de niña preocupada, tras una fachada sobria y lentes graves, esconde un alma fina y una exquisita sensibilidad que le ha permitido penetrar en las formas más profundas del sentimiento de pertenencia a la tierra.

La matriz humana de Matilde se manifiesta en el reconocimiento espontáneo del dolor, que nace del mar de amores, el dolor incurable, el que se mitiga con el abrazo fraterno o el dolor sordo y terrible de la impotencia social. Sus creaciones no naufragan en el lamento estéril o en la compasión mesurada; ellas otorgan el apoyo invariable de la solidaridad, fundado en una gran dosis de esperanza y amor, que desborda los límites del lenguaje literario y sólo puede comunicarse a través del signo musical y una lúcida comprensión de las posibilidades humanas para realizar cambios colectivos. Dueña de una responsabilidad artística e intelectual sin abdicaciones, su autenticidad resalta de la coherencia de una vida personal consustanciada con el hombre del pueblo.



## El Perro Vagabundo

*Difícil imaginar las historias que guarda el lugar predilecto de figuras como Ajmátova y Mandelstam. El crítico, poeta, novelista y cronista ruso Georgi Ivánov (1894-1958) y, el poeta, ensayista y cronista Georgi Adamovich, nos relatan cómo transcurrían las noches en ese bar, símbolo del San Petersburgo del Siglo de Plata.*

Segunda de tres partes

Los aplausos se reservaban para el autor, cuyo "ton" fuera reconocido el mejor para ser escrito en el "libro del Perro", un libro en folio que medía 70 centímetros por cada lado, forrado en piel de distintos colores. Ahí había de todo: versos, dibujos, quejas, declaraciones de amor, incluso recetas para embriagarse, especialmente para el Conde Kontrér. Piotr Potemkin, Jovanskaya, Boris Romanov y algunos más, expulsando del estrado al poeta Mandelstam, quien intentaba cantar "Las crisantemas" (¡por Dios, con una horrible voz!, comenzaban a actuar como si estuvieran dentro de una película mucha. Tsibulski los acompañaba desgarradamente. Haciendo el papel de los textos en el telón. Tairov anunciaba: "Primera parte. Encuentro de los enamorados en el jardín ante la estatua de Cupido" (a Cupido lo representaba Potemkin, largo y flaco, como una vara). "Segunda parte. Vikont sospecha... Tercera parte...".

Poco a poco el Perro iba quedando vacío. Los poetas, por supuesto, se iban después de los demás. Gumiliov y Ajmátova, que vivían en Tsarskoe Selo, se esperaban hasta el tren de la mañana en compañía de otras personas. Luego se iban a la estación por "el camino" de las islas y atravesaban la ciudad. En la estación, en espera del tren, bebían café negro. La conversación se tornaba ya un tanto incoherente, debido a los bostezos. Una vez, por estar tomando café, se les fue el tren. Gumiliov, muy enojado, llamó al gendarme:

—Oiga, ¿el tren ya salió?

—Así es.

—Esto es un desastre, ¡denme el libro de quejas!

Le alcanzaron el libro y Gumiliov llenó en él media página. Después todos firmaron solemnemente. Quién sabe, a lo mejor algún día alguien encontrará estos divertidos autógrafos... los encuentros con las autoridades sucedían muchas veces al salir del Perro. Una vez, alguien, parece que era Sergéi Klishkov, se jactó de que se iba a trepar en el caballo de hierro fundido de uno de los puentes de la ciudad. Y se trepó. Por supuesto, apareció un alguacil. Tsibulski acudió en ayuda de Klishkov. En tono amenazante, comenzó de pronto a atacar al alguacil y a gritar en toda la Avenida Nievski: "Si supieras con quién te estás metiendo, si lo entenderías... Cómo te atreves a decir impertinencias al oficial". El guardián de la ley se acobardó y terminó alejándose del supuesto "oficial".

Las calles estaban vacías y oscuras. Se acercaba el amanecer. Los barrenderos quitaban la nieve que había caído en la noche. Pasaban los primeros tranvías. Uno de los juerguistas, mirando hacia la Avenida Nievski y asomando la nariz sobre el cuello levantado de la peliza, contemplaba el cuadrante que sobresalía en la torre de la Duma. Eran las siete menos cuarto. ¡Ah! Y a las once había que estar en la universidad.



Ana Ajmátova y el Perro Vagabundo

*¿Qué elementos fueron necesarios para que la autora del famoso Réquiem se convirtiera en una de las más célebres poetas rusas? Los encuentros nocturnos en esa taberna legendaria pueden darnos alguna pista.*

No puedo recordar, con exactitud, cuándo vi a la poeta. Anna Ajmátova por primera vez. Probablemente fue dos años antes de la Primera Guerra Mundial, en un seminario romano-germánico en la Universidad de Petersburgo.

En una ocasión K. V. Mochulski, mi futuro amigo íntimo de París, con toda su impetuosidad y su carácter un tanto vacilante y de una sensibilidad enfermiza, que lo incapacitaba para ser un verdadero formalista, me dijo: "Venga hoy con toda seguridad... ¡estará Ajmátova! ¿Usted no ha leído a Ajmátova?"

¡Que si había leído yo a Ajmátova! Desde las primeras líneas suyas que cayeron ante mis ojos y su invocación al viento.

*Yo era libre, como tú.*

*Pero quería vivir demasiado.*

*Mira, viento, mi cuerpo está frío*

*Y no hay a quién estrechar la mano...*

Quedé encantado con esta intermitencia rítmica: "Yo no hay a quién estrechar la mano", y como entonces se acostumbraba a decir, quedé "atravesado" por sus versos, casi como me sucedió unos años antes, cuando estaba todavía en el Gimnasio, con las primeras líneas de Blok que cayeron ante mí, de su poema, "La tierra en la nieve".

*Ah, primavera sin frontera y sin final,*

*Sin frontera y sin final, como los sueños...*

Ajmátova ya era reconocida, al menos en el mismo sentido en que Mallarmé, conversando con sus amigos, utilizó esta palabra en relación con Villiers de L'Isle-Adam: "Ustedes lo conocen, yo lo conozco... ¿se necesita más?". EN el estrecho círculo de los adictos a la nueva poesía se hablaba de ella con admiración. Gumiliov al principio tenía una opinión muy negativa de los versos de Anna Andreievna, y parece que incluso le "rogó" no escribir más; es muy posible que en su apreciación se mezclaran inconscientemente razones y motivos personales, cotidianos, no eran celos literarios, no; era una animadversión indefinida y escéptica, que suscitaba la sensación de una profunda y radical diferencia que seguramente existía entre el carácter poético de Ajmátova y el suyo propio. Gumiliov reconoció a Ajmátova como poeta, de manera total, sin reservas, sólo después de varios años de matrimonio. Y "la llevó a la gente", si es que esta expresión de Kuzmin tiene cabida en este caso, quien sin duda captó la originalidad y encanto de los versos tempranos de Ajmátova, como los captó Georgi Chulkov, el "anarquista místico", amigo y segunda vez de Viacheslav Ivánov, que alguna vez hizo reír a media Rusia con una frase inicial en un artículo largo y programático: "El verdadero poeta no puede no ser anarquista, porque ¿cómo podría ser de otra manera?".

Anna Andreievna me sorprendía con su apariencia. Ahora, en lo que se escribe sobre ella, a veces la llaman una belleza; no, no era una belleza. Era algo más que una belleza, mejor que una belleza. Nunca me correspondió ver a una mujer cuyo rostro y aspecto se distinguieran por su fuerza expresiva entre todas las mujeres, además de destacarse por su genuina inspiración, que de inmediato llamaba la atención. Después, en su apariencia se manifestó claramente un maliz trágico: Raquel en "Fedra", como lo dijo Osip Mandelstam en una conocida octavilla después de una lectura en el Perro Vagabundo, cuando Ajmátova, parada en el estrado con su pseudoclásico chal que le cala desde los hombros, parecía que ennoblecía y elevaba todo lo que estuviera a su alrededor.

Continuará





## LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo independentista

### Diario del Tambor Vargas - II

Desde la huida de su morada, el Tambor Vargas, presencia asesinatos y fusilamientos en uno y otro bando. Consecuentemente, Santos Vargas abre las páginas de su "Diario" evocando sucintamente los acontecimientos históricos de 1809, de 1810 y años siguientes, hasta 1814, donde él es uno de los principales protagonistas, junto a los comandantes Lira y Lanza, cuyas épocas las resalta en capítulos especiales.

Algo que llama la atención en este "Diario", es la fidelidad con que su autor reproduce ese tiempo de confusión y congoja; ahí las deleciones estaban a la orden del día, de uno y otro bando, llevándose al paredón a gente inocente y aún a sus propios adherentes. Lira, que secretamente tenía contactos con los realistas, una vez descubierto y acusado de traición, se halla a punto de ser fusilado; sin embargo, puede más su habilidad en el manejo de la palabra para convencer a sus acusadores sobre su inocencia, los que no sólo le perdonaron la vida, sino que le restituyeron su condición de Comandante de las fuerzas del pueblo de Mohosa.

Finalmente, una vez fundada la república, en 1825, el "Diario" abarca tres años más, hasta la presidencia del Mariscal de Ayacucho y la invasión de Gamarra, quien ingresa con las tropas peruanas a Oruro, ocasión en la que Santos Vargas estuvo a punto de ser fusilado. Desde luego que aquí todo parece novela, por la amenidad de su relato, como lo podemos apreciar en el siguiente fragmento que pertenece al pasaje aludido, en 1828:

Entra fray Ángel Escalera con su estola y me dice que es orden del señor coronel Portilla que yo muera fusilado por ser adicto a Bolivia y no haber abrazado el partido peruano y otros delitos en que soy cómplice, y empieza a exhortarme como tal sacerdote. Entonces dije:

—¿Por qué sin ninguna formalidad ha de hacer lo que quiera guido únicamente de sus caprichos? Me confesaré sí, pero que se me haga saber el delito por qué iba a castigarme con pena de muerte que quiere ejecutar dando pábulo a sus antojos.

Al poco rato, venía Portilla como congraciándose a preguntarle al sacerdote si me había confesado ya. Le dije entonces al mismo Portilla:

—Me confesare sí, como se me haga saber el delito que merezca semejante castigo, que yo conociendo tal delito pagaré con lo que me merezca.

No me oyó y vuelve a preguntarle si me había ya confesado. El padre le dijo:

—No quiere, que no halla en su conciencia delito que merezca pena de muerte

Entonces responde Portilla:

—Que rece un credo y que le tiren allí mismo.

Entonces salgo y le digo que no sabía rezar el credo. Me dice.

—¿Por qué no ha de saber usted?

Le dije:

—Por haber sido patriota tantos años y haber servido a la Patria.

Solamente le contesté por darle un colerón (que yo estaba acalorado), y otras cosas más le repliqué, pues ya vi que hacían cerrar todas las puertas y ventanas, ponían guardias a las esquinas de la plaza y correteaban muy afanados. Vi que Portilla se formalizaba, le dije ya entonces que me siguiese una sumaria siquiera para dar cuentas a sus jefes. Me dijo que no había tiempo. Volví a decirle que me siguiese un consejo verbal siquiera, porque había sido oficial aunque en la actualidad no pertenecía a esta tropa, y con empeños de algunos compañeros me admitió. Se reunieron todos los oficiales en una junta que hicieron en la plaza donde asistieron hasta cadetes; se pusieron en círculo y Portilla en medio, todos se quitaron los sombreros y gorras los que tuvieron. Luego viene un oficial don Mariano Chávez, me dice que a quién elegía por mi defensor, le dije:

—Al señor coronel Grondona.

Lo buscan y no lo hallan porque se había ya corrido ante el general Gamarra. Vuelve Chávez y me dice que yo elija a otro porque Grondona no parecía; elegí al mayor Arias. Va y vuelta viene, me dice que no puede porque era jefe de estado mayor. Entonces elegí al mismo coronel Portilla y que él nombrase a un presidente en esa junta (haciendo el muy inocente). Se finaron de risa y me tenían por muy ignorante. Al fin no sé qué pero dice el mayor don Pedro Arias:

—¿Por qué está en capilla el oficial de la Patria Vargas? Es preciso señores que se haga presente en esta junta que hemos formado todos los delitos en que él ha incurrido, para según eso aplicar la pena que merezca el hecho.

Y así el Tambor Vargas logra dilatar su ajusticiamiento hasta salvar la vida, con ingenio y buen humor.

